



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Investigadoras

Lecturas para e

Regresar del pueblo cuando el verano termina y el otoño ya se anuncia y cuando se imponen la vuelta a la rutina, las jornadas más aceleradas en la realidad, esa pausa estival. Otra vida, la de los denominados con el término Rentería Garita a dos palabras, “dispara” y deberías”, con las que las niñas

LO URGENTE ES VIVIR

Ya lo decía Fernán Gómez que las bicicletas son para el verano. También lo son los huertos. Después de la temporada estival, las plantas languidecen, se recogen los últimos frutos, los del otoño, y la tierra vuelve a quedar a la espera de semillas y brotes verdes. Muchos, unos más que otros, nos hemos imaginado este último año volviendo al pueblo y cultivando el huerto, nos hemos preguntado por qué nos fuimos de los pueblos, por qué huimos de sus incomodidades y de las tías abuelas viejinas a las que nunca debimos dejar solas. De repente, empezamos a ver con ojos tiernos la tienda del pueblo que cierra a mediodía, a pesar de que no venda la marca de yogures que nos gusta, y a desdeñar los supermercados con sus horarios draconianos para los empleados que tantas veces hemos venerado un domingo a las diez menos cuarto de la noche, cuando recordábamos que no teníamos pan tostado para desayunar a la mañana siguiente.

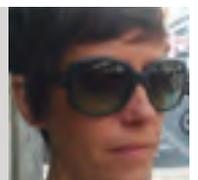
Pero los veranos en los que soñamos cambiar de vida han terminado, y los pueblos, con sus huertos, se han vaciado otra vez. El enamoramiento nos ha durado lo mismo que el atardecer anaranjado y violeta que siempre estuvo ahí pero que nunca vimos (no al menos con estos nuevos ojos pandémicos) y nos hemos dado cuenta pronto de que la imaginación, como el papel, lo aguanta todo, de que los tomates no se recogen solos, de que arrancar zanahorias o patatas levanta polvo, y de que recolectar nueces ensucia las manos de un verdinegro muy difícil de eliminar. Y aunque esto a tu hijo no le importa e incluso le parece lo mejor que ha hecho en su corta vida, a ti te incomoda un poco. Así que hemos hecho las maletas con una mezcla de melancolía e ilusión por volver a la anormalidad que nos espera en nuestro lugar de residencia habitual, abandonando otra vez a nuestra tía-abuela que ya se había acostumbrado a tenernos de vecinos. Porque una cosa es querer cambiar de vida y otra muy distinta es cambiar de vida.

Procrastinar es un vicio del que es difícil escapar. Dejarse llevar por la urgencia sin acabar de resolver lo importante es tan dulce, tan cómodo abandonarse al abrazo de oso de la zona de confort. Salir de ella (cambiar tu vida) precisa de haberse rodeado de grandes maestros en sacar los pies del tiesto o de una fortaleza a prueba de ruido ambiental, no de las cosechadoras que se dirigen a finalizar el ciclo de vida del maíz, sino de otro mucho más sutil, el de las voces que atosigan para que todo siga igual. Y aunque tu hijo haya fabricado un camión de veinte ruedas con el que trasladar tu casa de la ciudad al pueblo, a un pueblo, a cualquier pueblo, tú solo miras de reojo un hipotético plan B cuando ves como el A se desmorona, pero sin atreverte a dar el volantazo que te saque disparada de la rueda, porque llevas toda tu existencia haciéndola girar por inercia sin ni siquiera saber dónde está ese volante.

El verano que en junio parecía que no acabaría nunca lo ha hecho, y ha llegado septiembre y los meses con “R”. Se acabaron los paseos en bici y los atardeceres largos; ha comenzado el otoño, el viento y las hojas secas. Las noticias nos recuerdan que hace unos años sucedían cosas algo que ahora no, como si una mano burlona hubiera detenido la película que habíamos grabado en nuestro imaginario y hubiera empezado a rebobinar a cámara lenta. En este tiempo de pause regalado, en el que poder detenernos en los matices para captar mejor los detalles de nuestra propia existencia, nos impacientamos por conocer el final, por pasar rápido este duermevela que ya no es dormir, resolver lo urgente procrastinando lo importante, haciendo planes ilusorios en alfabeto rúnico que ni tú misma te crees, quieta, a la espera de que un estruendo te despierte, mientras tu hijo, para el que lo trascendente es este momento, se despide del huerto de malas hierbas que con mimo ha cultivado este verano y te preguntas casi con vértigo: ¿y si vivir fuera esto?

Belén R. García

Belén R. García (León, 1974), es ingeniera de profesión y escribe por vocación. Ha publicado algunos relatos en diversas antologías, la última “Relatos nada sexis” (Ménades, 2020) y recientemente ha recibido el accésit del certamen de microcuentos José Luis Balbín. También ha llevado a cabo el proyecto fotográfico “Objetivo: Birmania. Canciones infantiles” con imágenes de Myanmar.



empezar el otoño

viene acompañado de la melancolía por modos de vida más tranquilos que desaparecen. Las cosas que lo urgente antecede a lo importante. Belén R. García se pregunta si vivir es, en el mundo maya “K’uub, quienes nos entregamos totalmente”, nos acerca de la mano de Cristina Rentería Garita. Las niñas k’uub aprenden a perder el miedo y a defender su mundo. Feliz lectura.



DEBERÍAS

En el pueblo K’uub, quienes nos entregamos totalmente, la primera palabra que las niñas aprenden es dispara. Sus padres, guerreros fuertes y valerosos, las educan hasta que hayan de irse la guerra, como todos los hombres y jóvenes capaces de soportar el peso de la nostalgia. Las niñas aprenden de sus padres a usar el arco y la flecha, a no llorar ante lo desconocido, pero también aprenden el placer del baile, de hacer música soplando caracoles e, incluso, a distinguir, debajo del agua y con los ojos abiertos, a los peces buenos de los malos.

La noche antes de partir, los padres toman el rostro de sus hijas y les dicen:

—Cuida de tus hermanos, de tu madre. Y si la guerra viene y ves hombres como yo, dispara.

Las niñas entienden que son la única esperanza que tiene el pueblo K’uub, quienes nos entregamos totalmente, de continuar con su mundo; sus madres, también. Por eso, les enseñan una nueva palabra: deberías. “Subir esa montaña alta”, deberías; “sentir los pelitos de la tarántula”, deberías; “reír tanto que la vejiga se te derrita”, deberías; “amar con el corazón abierto, no importa si ella o él”, deberías. Las madres de las niñas K’uub les enseñan a perder el miedo porque, al llegar la batalla, sólo recordarán todo aquello a lo que se atrevieron: deberías. Y esta es la gran lección que algún día te daré a ti, mi querida niña.

Cristina Rentería Garita

Cristina Rentería Garita es Doctora en Economía, Sociología y Política Agraria por la Universidad de Córdoba (UCO). En 2016 recibe la Mención Honorífica en el Premio Nacional “Dolores Castro” para literatura hecha por mujeres (México, 2018). En 2020 publicó su primera obra de ficción, Juan y los Murmullos (Ediciones Azimut, Málaga), finalista al Premio Andalucía de la Crítica.

